

una es la de que representan espíritus malignos que anda sueltos, y así dicen al oír silbar el aire: "¿Qué bruja se habrá escapado?" Y se santiguan. No faltan quienes creen que el viento sopla porque un alma atormentada, procedente de un suicida o de un ahorcado, anda vagando sin encontrar reposo. También creen en Portugal, que se produce aire cuando muere un judío, un gallego, o un notario...

Confundiendo la causa con el efecto, creen que los vientos proceden de los árboles:

*De los juncos sale el agua,
de los álamos el viento,
y de la pulida dama,
memoria y entendimiento.*

Los juncos brotan precisamente donde hay agua, y los árboles constituyen el mejor recurso para regularizar los vientos dominantes en una localidad; bien lo saben los arquitectos al hacer plantar espesos telones de cipreses para proteger los edificios castigados por un viento fuerte y frecuente, como pasa con el *tramontana* o Norte, en Cataluña.

Absurda es también la creencia popular de que los vientos los traen y los llevan los caldereros, tinajeros y otros buhoneros, cual si fueran portadores de los odres de viento de Eolo.

Con la verdadera causa del viento, que es el desequilibrio atmosférico por diferencias de presión y temperaturas en diferentes regiones, no hay teoría popular a la que poderse referir, aunque sí tienen noticia de los accidentes geográficos que al interponerse en los movimientos de las masas de aire, cambian la dirección y la fuerza del viento.

Dirección del viento.

Instintivamente, el hombre conoció de dónde venía el aire, al observar las inclinaciones de las hojas y de las ramas de los árboles empujados por el viento, el del polvo removido de los caminos, el del fuego y el humo de los hogares, el propio sentido del choque del aire sobre nuestro cuerpo, refiere al momento la procedencia.

La veleta, como tal instrumento para

señalar la dirección de los vientos, se atribuye a Andrónimo de Cirro, un siglo antes de Jesucristo, que la colocó sobre un reloj o torre de los vientos, y consistía en la figura de un tritón de bronce que giraba sobre un eje, empujado por el viento, marcando la dirección de éste por un bastón que la figura tenía en la mano.

La difusión de las veletas ha sido general en todos los tiempos, especialmente en las casas de campo por el extraordinario interés que para el pronóstico de las lluvias tiene el conocimiento de los vientos. Dentro de las villas llegó a ser la veleta un privilegio de nobleza del edificio, y sólo las tenían las iglesias en su torre principal y los castillos y palacios en la torre del homenaje.

Una veleta, dentro de la ciudad, no marca con exactitud si la rodean edificios elevados y el aire no va directamente a chocar contra ella.

Las observaciones populares sobre el pronóstico del viento han sido siempre acogidas por su gran valor experimental del tiempo en cada región por los hombres de ciencia, y así figuran los refranes meteorológicos por su aplicación agrícola y náutica y aun sanitaria en las obras técnicas.

Para mejor orientación del que mira a una veleta, tienen muchas un aro o unas varillas en cruz que señalan con sus iniciales los cuatro puntos cardinales, y algunas, más completas, marcan puntos intermediarios como *una rosa de los vientos*.

Los naturales de cada región, sin desconocer la nomenclatura de los cuatro puntos cardinales, tienen un vocabulario propio que sería muy curioso recoger en una obra de meteorología aplicada. Véanse algunos ejemplos:

*Aire solano,
agua en la mano.*

(Viento S. SE. Vascongadas y Levante.)

*Aire solano,
fresco en invierno y caliente en verano.*

(El Alamo, Madrid.)